

40

El Niño Rey

OBRA MAESTRA
DEL
CINE



por
Joe
Hamm
25 cts.



A NUESTROS LECTORES

Anunciamos a nuestros favorecedores, que por los motivos que hemos expuesto en números anteriores, a partir del día 10 de enero próximo, OBRAS MAESTRAS DEL CINE cambiará este título por el de

La Película Selecta

que, a nuestro juicio, se ajusta como aquél a la índole de esta publicación.

Estamos seguros de que

La Película Selecta

obtendrá la misma favorable acogida que OBRAS MAESTRAS DEL CINE, puesto que no será más que su continuación.

Deseosos siempre de corresponder al favor de los que con su apoyo y entusiasmos nos han estimulado en nuestra empresa, anunciamos a nuestros lectores que

La Película Selecta

aparecerá notablemente mejorada y que, sin alterar su precio, publicaremos en ella las adaptaciones novelescas de las mejores producciones cinematográficas, escritas por nuestros más brillantes literatos.

Leed y propagad

La Película Selecta

Año I — N.º 40	OBRAS MAESTRAS DEL CINE	Suscripción:
Barcelona, 3 Enero 1925		España 3 pts. tri. Extrj.º 17 » año
Redacción y Administración:		En combinación con la revista EL CINE
Pelayo, 62		España 2'50 pts. tri. Extrj.º 15 » año
Teléfono 4128 A	PUBLICACIÓN SEMANAL	N.º ord.º 25 pts. Extraº 50 »
DIRECTOR-PROPIETARIO: FERNANDO BARANGÓ-SOLÍS		

El Niño Rey

(L'ENFANT ROI, 1925)

según la magnífica película del mismo título, grandiosa serie histórica en la que se relata la desventurada odisea del infortunado Luis XVII; única película filmada en los interiores y parques de Versalles por autorización especial del Ministerio de Bellas Artes de Francia

Concesionario: **Cinematográfica Verdaguer, S. A.**
Consejo de Ciento, 290 - Barcelona

I

¡Septiembre de 1779!

En París empezaban a surgir los primeros destellos de la antorcha revolucionaria, que había de cambiar poco después la fisonomía del estado francés, marcando el punto de

arranque de una época histórica que tan decisiva influencia ha ejercido en los destinos de la humanidad.

El pueblo francés encontraba impropias sus instituciones y necesitaba otras nuevas. Esta fué la verdadera causa de la Revolución. Desde mucho tiempo atrás estaban latentes las ansias renovadoras y el estallido fué producido de un modo ocasional durante el reinado de Luis XVI y de María Antonieta, no por simples prejuicios y animosidades contra estos monarcas, sino más bien aprovechando una serie de circunstancias que parecieron conspirar a que se revelasen de un modo ostensible y decisivo aquellos anhelos, con todas las perturbaciones y exaltaciones que fatalmente habían de acompañar la radical transformación.

En Versalles, ajenos al huracán popular que amenazaba desencadenarse, la corte seguía su vida ordinaria de frivolidad y de diversiones.

Luis XVI, carácter débil, hombre irresoluto, cuya indecisión y pasividad le costó el trono y la vida, repartía su tiempo entre los trabajos mecánicos, a los que era aficionado en extremo, y el entretenimiento de los deportes, diciéndose de él que llegaba tan extraordinariamente fatigado, que se dormía en los Consejos cuando se debatían los más importantes negocios de Estado, que los ministros sometían a su decisión.

Desgarbado de porte, alto y corpulento, de

inteligencia vulgar y poco cultivada, Luis XVI tenía un buen fondo y hasta se reveló contra los vicios de la corte, pretendiendo mejorar la situación del pueblo, pero su falta de energía y su perezosa inercia dieron al traste con sus buenos propósitos.

Dominado primero por sus consejeros, fué luego el juguete de la reina María Antonieta, casada a los catorce años con Luis XVI, de cuya voluntad llegó a apoderarse por entero.

María Antonieta, hija menor de María Teresa de Habsburgo, no era simpática al pueblo francés. Representaba la alianza con Austria, eminentemente impopular y en ella recayeron desde su llegada a París todas las odiosidades y sospechas, hasta el punto de creérsela capaz de todos los crímenes.

Era la reina altiva y obstinada, y también su educación, como la de su augusto esposo, fué muy descuidada, hasta el punto de costarle trabajo redactar una carta.

Era extremosa en sus odios y en sus deferencias y mantuvo apasionadas amistades con algunos caballeros de la corte, aunque nada puede reprochársele en su íntimo desdoro.

La influencia de María Antonieta con el rey acentuóse con la maternidad y especialmente con el nacimiento del Delfín, precioso niño al que tan tristísimo final le deparaba la suerte.

Uno de los más devotos de la reina era el noble caballero Axel de Fersen, conde de

igual nombre, al que María Antonieta distinguía con su real aprecio, complaciéndose en ser acompañada del conde y aconsejarse de sus luces en todos sus asuntos y resoluciones.

El conde de Fersen sentía una platónica adoración por la reina, a cuyo servicio consagraba toda su voluntad y sus no vulgares dotes de talento y valor.

Otro de los respetuosos galanteadores de la reina era el caballero de Mallory, alma depravada y cínica, que sólo eran capaces de agitar la pasión y el odio, y que sentía por el conde de Fersen una invencible antipatía, al verle objeto de las preferencias de María Antonieta.

Esta animadversión se convirtió en odio implacable con ocasión de un sencillo suceso ocurrido en Versalles. Cierta día que la Reina regresaba a Palacio después de una cacería y al detener su caballo ante la escalinata central, el caballero de Mallory se adelantó para ayudarla a desmontar. Pero la Reina, que observaba con desagrado las insinuaciones y pesadas y excesivas atenciones de Mallory, rechazó su ayuda y llamó al conde de Fersen, en cuyo noble brazo se apoyó para descender. Desde entonces se incendió de ira el alma de Mallory, jurando vengarse de la afrenta con que públicamente le había humillado la Reina.

Días más tarde paseábase la Reina por los jardines de Versalles, acompañada de Madame Atkins, dama inglesa de la más rancia

nobleza y gran admiradora de María Antonieta, a la que no abandonó en sus momentos de angustia, sacrificándose por su augusta amiga con lealtad digna de encomio.

Madame Atkins amaba secretamente al conde de Fersen, pero sospechando los lazos de atrayente simpatía y amor romántico que unían a éste con la Reina, jamás reveló su amor por el conde, que por su parte nunca reparó en la callada adoración de que era objeto.

La Reina se detuvo unos momentos a acariciar a Luis, el Niño Rey, que con sus ayas correteaba por los jardines del Palacio.

Después de dar unas vueltas por el parque, se separó de su amiga y al dirigirse a una glorietta tropezó con el conde de Fersen.

—¡Conde! Tengo que pedir un favor. Pero antes me habéis de jurar complacerme.

—Señora, mi único anhelo es servirlos. Vuestros deseos son órdenes para mí. Juro lo que deseáis.

—Pues bien, señor de Fersen. Es preciso que os marchéis de Francia y abandonéis inmediatamente el Palacio.

La estupefacción del conde de Fersen no es para descrita. Su ilusión y sus ansias eran poder estar cerca de la Reina y servirla hasta con riesgo de su propia vida. ¡Y María Antonieta le ordenaba alejarse de Versalles!...

Inclinóse ante la Reina, que le dió a besar su mano. El conde de Fersen notó al retener



La reina María Antonieta

brevemente la augusta mano un intenso temblor, revelador de hondas emociones...

Después, María Antonieta se dirigió hacia una peña, a la que daban sombra gigantescos árboles, lugar delicioso y poético donde gustaba descansar por las tardes.

Oculto entre el ramaje, precedíala el caballero de Mallory, reflejándose en su siniestra sonrisa que una intención malsana guiaba sus pasos.

Al llegar la reina al sitio preferido, lanzó un pequeño grito de sobresalto, murmurando:

—¡ Otra vez ! ¡ Esto es demasiado !

Sobre la peña había rollado un pergamino y María Antonieta sospechó que sería otro anónimo amenazador e insultante de los que aquellos días encontraba por doquier.

En efecto, al desdoblar el papel, leyó frases violentas dirigidas al pueblo, excitándole a la revolución y poniéndola a ella como principal causante de los males de la nación.

Cuando regresaba a Palacio, con la natural excitación que la lectura del papel le había producido, halló al Conde de Fersen.

—Conde, me habéis desobedecido no saliendo de aquí como prometisteis.

—Señora, me dispongo a hacerlo, pero antes quise prevenirlo todo en obsequio a vuestra majestad.

La Reina mostró al conde el infame escrito. Fersen rogó a María Antonieta que le dejara

permanecer a su lado para defenderla de sus enemigos, pero la Reina le obligó a cumplir el juramento hecho.

—Puesto que insistís, me marchó. Pero desde lejos velaré por vos. Sólo en el caso de un inminente peligro, volaré a vuestro lado.

Al despedirse, depositó el conde de Fersen un largo beso, respetuoso y apasionado, en la augusta mano de la soberana...

II

El conde de Fersen se dirigió hacia París, recogiendo en el camino graves noticias del estado de agitación en que el pueblo se encontraba, a consecuencia de las arengas que en tonos violentos le dirigían los caudillos del movimiento de los descontentos del régimen imperante.

Al detenerse en una posada, obligado a dar descanso a su caballo, agotado por la fatiga de la larga y rápida marcha, hizo conocimiento con el pinche de cocina, llamado Turgy, muchacho simpático y adorador de los monarcas, al que admitió como criado, accediendo a sus insistentes ruegos.

Turgy se entregó en cuerpo y alma a su

nuevo amo, que encontró en él un abnegado y precioso auxiliar, que en más de una ocasión le salvó la vida.

Ya en París, el conde de Fersen encargó a su criado que se enterase de la marcha de los acontecimientos. Turgy dedicóse a visitar las tabernas y puntos de reunión del pueblo y pudo oír los volentos discursos con que Danton, Robespierre, Marat y otros caudillos excitaban continuamente al pueblo, encendiendo odios y pasiones en las multitudes.

Un día pudo oír, con enorme asombro:

—Mientras nosotros nos morimos de hambre, ellos tienen bien repletos los graneros de Versalles.

—¡ Hay que ir a Versalles !—clamaron unos.

—¡ Y obligarles a que vengan a París !—gritaron otros.

—¡ ¡ A Versalles ! !

Turgy corrió a avisar a su amo.

El conde de Fersen, deseoso de prevenir a la Reina del peligro, requirió su caballo y seguido de su fiel escudero voló a Versalles.

Luis XVI estaba aquel día en su taller de mecánico, en compañía de su cerrajero, el ingenioso Gamain, dedicado a su ocupación favorita, fabricando una complicada cerradura.

De pronto hizo irrupción la Reina y con palabra descompuesta y alterada requirió la atención del soberano.

—Luis, las noticias son graves y todo acon-

seja tomar rápidas determinaciones. Estimo que debes reunir el Consejo.

El rey, que vivía completamente ajeno a la realidad, intentó calmar la excitación de María Antonieta, echando a broma sus temores. Pero tanto insistió la Reina, que al fin se decidió a complacerla.

En el Consejo las opiniones fueron contradictorias. Mientras unos aconsejaban al Rey calma y prudencia, otros opinaban que era necesario hacer un rápido y ejemplar escarmiento.

La Reina, que asistía al Consejo, callaba esperando la decisión de su augusto esposo.

—No, nada de sangre—dijo el Rey—. Mi pueblo es bueno y yo confío en que no ha de pasar nada. Yo creo que exageráis con vuestras aprensiones.

En esto llegó a Palacio el Conde de Fersen y solicitó inmediata audiencia.

El caballero de Mallory que, guiado por sus instintos de venganza, estaba en contacto directo con los revolucionarios, había conseguido introducirse en la guardia real para mejor servir sus malvados planes, enterándose de la vida de la corte y lo que pudiera proyectarse y decidirse.

Al ver llegar al conde de Fersen, sonrió con extraña expresión.

Un criado anunció reverente:

—¡ Señor ! El conde de Fersen pide audiencia a vuestra majestad.

María Antonieta, al oír el nombre de Fersen, recordó con temor las palabras con que el conde se despidió de ella: «Sólo en el caso de un inminente peligro, volveré a vuestro lado.»

—¡ Que pase !—gritó.

Fersen expuso ante el Rey los hechos presenciados por su criado.

—El pueblo se dirige hacia Versalles, Señor. Es preciso que toméis una decisión.

Pero Luis XVI, siempre confiado en su buen pueblo, sólo ordenó que reforzase la vigilancia la guardia real y que se cerrasen todas las verjas del Palacio.

La Reina indicó a su esposo lo conveniente de pedir apoyo a su hermano el Emperador de Austria, pero Luis XVI juzgó improcedente el hacerlo, terco en su absurda confianza. Sólo autorizó a María Antonieta a escribir a su hermano pidiéndole consejo.

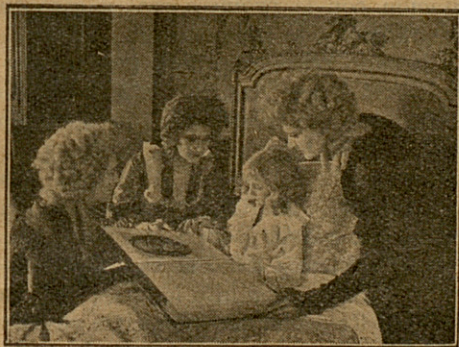
Al abandonar la Reina la sala del Consejo, llamó al conde de Fersen a su cámara y en presencia de sus hijos, exclamó:

—¡ Conde ! ¿ Me juráis proteger a mis hijos en caso de peligro, aunque debáis exponer la vida por defenderlos ?

El conde de Fersen, arrodillado, hizo el solemne juramento, y besó la diminuta mano del Niño Rey.

Poco después el pueblo rugía junto a las verjas de Versalles, pidiendo pan y justicia.

El general Lafayette, aquel hombre enérgico cuyas decisiones, a no ser contrarrestadas por la bondadosa pasividad de Luis XVI, hi-



Luis, el Niño Rey

bieran podido evitar las sangrientas jornadas, presentóse en la cámara real.

—¡ Señor ! El pueblo está hambriento. Si dais una orden obligando a los grandes acaparadores a vender el trigo que tienen almacenado a precios justos y equitativos, yo respondiendo del orden.

El Rey, tras no pocas vacilaciones, prometió dar la orden solicitada.

El general Lafayette montó su caballo y adelantándose hacia el populacho, gritó:

—El Rey promete que no os faltará el pan. Fíad en sus palabras y vivid tranquilos.

El pueblo, del que alguien ha escrito que es un animal fácilmente domesticable, aplacó su excitación con la promesa real y cesó en sus demostraciones de irritado odio.

Reclamado por sus gritos, tuvo el rey que asomarse al balcón central de Palacio, siendo recibido con demostraciones de simpatía.

—¡ La Reina ! ¡ Que salga la Reina !

La presencia de María Antonieta produjo un movimiento de desagrado. La Reina era secretamente odiada por el pueblo.

Peró la soberana tomó al Delfín en sus brazos y levantándolo en alto lo mostró al pueblo.

El Niño Rey, con sus manecitas enviaba besos a la multitud, siendo contestado con iguales ademanes por el pueblo, sobre todo por las mujeres... ¡ Al fin eran madres !

Creían ya todos conjurada la inminencia del peligro, cuando un hecho que nadie podía explicarse, empeoró la situación, amenazando hasta la propia vida de los soberanos y los palaciegos.

Sonó un disparo y cayó a tierra, herida de muerte, una mujer.

El pueblo, indignado por el traidor ataque, lanzóse al asalto del Palacio.

El infame Mallory era el que había dispa-

rado, desde una ventana, ávido de venganza y destrucción.

La lucha fué espantosa. La guardia real resultaba impotente para contener a los furiosos, que en imponente avalancha subían por la escalera de Palacio.

El conde de Fersen mandó recado a la Reina por medio de su fiel Turgý, de que por la escalera secreta se reuniese con el Rey en la cámara de éste.

Poco después el conde caía herido en la tienda.

El general Lafayette pudo al fin contener a los revoltosos.

Al llegar a la presencia del Rey, exclamó:

—¡ Señor ! He logrado hacer retirar al populacho hasta el patio de mármol. Yo no puedo comprender lo sucedido. El tiro ha salido de Palacio. El pueblo reclama vuestro traslado a París. Creo lo más prudente que accedáis a sus deseos. De otro modo yo no respondo de nada.

Poco después los Reyes y sus hijos emprendían el camino hacia la capital, rodeados de todo el pueblo, que no se mostraba ciertamente muy respetuoso con el poder real.

Mallory, satisfecho de su obra, se dispuso a abandonar a Versalles. Al ir a salir vió algo que le llenó de vengativa alegría. El conde de Fersen, por efecto de la sangre perdida, yacía sin sentido.

Sacó la espada, dispuesto a rematarlo.

Pero el fiel Turgy, apercebido a tiempo del monstruoso propósito del infame, se abalanzó sobre Mallory y, después de desarmarlo, lo arrojó desde lo alto de la escalera.

Y acudió solícito a prestar a su amo los auxilios que la gravedad de la herida requerían...

III

Días después, y ya restablecido de las graves heridas que recibiera el conde de Fersen durante el asalto de las turbas al Palacio de Versalles, velaba desde las sombras por la seguridad de la real familia, cada día más amenazada por el creciente odio y animadversión del pueblo, incitado por sus caudillos, a los que ayudaba grandemente en su empresa el traidor Mallory.

En sus buenos deseos de ayudar a las reales personas, era Fersen secundado eficazmente por su fiel criado Turgy, quien procuraba estar al corriente de la trama revolucionaria para ver de contrarrestar su eficacia.

El Rey Luis XVI, a pesar de todo lo ocurrido y de los insistentes consejos de los palaciegos, especialmente del conde de Fersen,

para que se pusiera en salvo, seguía resistiéndose a abandonar París, siempre con la esperanza de que los acontecimientos cambiasen de modo favorable.

La Reina, entretanto, mejor apercebida de la realidad, se decide a enviar la carta que escribiera a su hermano el Emperador de Austria, y mientras halla al hombre de confianza que la lleve a su destino, la confía al Rey, su esposo, que la encierra en un armario de hierro, para el que el ingenioso Gamain ha hecho una poderosa cerradura.

Enterado de ello el caballero Mallory, cada momento más empeñado en sus negros propósitos vengativos, discurre el medio de apoderarse de la carta, que en sus manos sería una prueba de gran valía para poder perder a María Antonieta, acusándola de complicidad con el extranjero.

Con falacias y engaños consigue captarse la confianza del cerrajero Gamain, al que logra embriagar, aprovechando su estado para sustraer la ansiada carta, penetrando en el aposento donde duerme el Niño Rey, al que proporciona un susto que le ocasiona un fuerte ataque de nervios que le deja tendido en la regia estancia.

Llegado el hecho en conocimiento del noble conde de Fersen y por las declaraciones de Gamain y del Niño Rey, sospecha inmediatamente de Mallory y emprende la persecución

del renegado aristócrata, que se dirige a todo correr de su caballo a Austria con el propósito de fingirse enviado de la Reina y obtener así una respuesta que hiciese más patente la complicidad de María Antonieta en la tentativa de que Austria interviniera con sus tropas para restablecer el poder real en Francia.

Entretanto, ocurría en el parque de Palacio un acontecimiento de decisiva y futura importancia. Un niño andrajoso, hijo de la Martial, una furibunda revolucionaria, penetra en los jardines y entabla rápida amistad con el Niño Rey, con el cual tiene un parecido tan asombroso, que hace posible una fácil confusión.

Madame Atkins, testigo de vista de la rara semejanza de los dos niños, no echa en olvido este detalle que la preocupa grandemente, hasta el extremo de que se decide a realizar diversas gestiones hasta dar con el paradero de la madre del niño, gemelo en fisonomía al hijo de Luis XVI.

Ya en presencia de la mujer, entabló con ella una detenida e interesante conversación, pero al apercibirse la revolucionaria de que estaba en presencia de una aristócrata, se negó a seguir hablando y la hizo patente su odio implacable a los de su clase, revelándole la horrible historia de sus desventuras y el hambre y miseria a que los suyos habían conducido al pueblo.

En conde de Fersen, tras no pocos trabajos

y emocionantes peripecias, logró al fin apoderarse de la carta que llevaba el traidor Mallory y que constituía un arma poderosa contra la Reina en manos de sus enemigos que, con Danton a la cabeza, la aguardaban ansio-



*La Reina se detuvo un momento
a acariciar a Luis...*

samente para acusar a María Antonieta ante el pueblo.

Pero Mallory, sustituyendo los servidores de una posta por gente pagada por él, preparó una emboscada y valiéndose de un narcótico, logró apoderarse de nuevo de la carta en que el Emperador de Austria ofrecía a su hermana toda su protección y su incondicional apoyo.

María Antonieta aguardaba impaciente en

las Tullerías el apoyo y ayuda del conde de Fersen y sintiéndose odiada por el pueblo, y viendo en peligro su vida y la de los suyos, logró convencer al Rey de que debían huir de Francia y aguardar en el extranjero el curso de los acontecimientos.

Dispúsose todo para la marcha y una noche y con el mayor sigilo, salieron del Palacio en una calesa el Rey, María Antonieta y sus dos hijos, acompañados por la hermana de Luis XVI y la fiel Madame Atkins. El propio conde de Fersen conducía la diligencia, teniendo al lado a su inseparable criado Turgy.

Pero Mallory, que había instalado en las mismas dependencia de Palacio numerosos espías, tuvo inmediato conocimiento de la fuga de la familia real, y al galope de su caballo logró adelantar la carroza real y llegado a un pueblo próximo por donde forzosamente tenían que pasar los reyes, logró exaltar los ánimos de sus habitantes que se reunieron para detenerlos en su huida.

En efecto, una hora más tarde llegaba la calesa que conducía a los fugitivos, que fueron detenidos y encerrados en una de las dependencias del municipio, que les sirvió de prisión, mientras Mallory apuró ya la última parte de su plan haciendo creer al pueblo en imaginarios delitos de los reyes.

Ante el peligro inminente que se cierne sobre las personas reales, dado el estado de ex-

citación en que se halla el pueblo, María Antonieta, deseando sustraer a su hijo de los horrores que prevé, rogó al conde de Fersen que se hiciera cargo del Niño Rey, protegiéndole y defendiéndole de las iras de sus enemigos.

El caballero de Fersen tomó en brazos al Delfín y saltando por una ventana se dispuso a llevarlo a sitio seguro.

Pero el populacho, excitado por los torpes manejos de Mallory, se disponía a asaltar el refugio de los detenidos. El fin de la desgracia de los reyes parecía iba a tener inmediato y funesto desenlace. Pero la oportuna llegada de dos miembros de la Comune, evitó la inminencia del peligro y salvó al Niño Rey de la violencia del desenfreno de la plebe.

Cuando Luis XVI tuvo ante sí a los representantes del pueblo, que le saludaron con cierto irónico respeto, exclamó:

—No me llaméis Señor. Ya no soy Rey ni nada. Acabad pronto y de una vez con nosotros.

—Somos representantes de la justicia, no verdugos—respondió uno de los recién llegados.

El conde de Fersen refugiado en una granja vecina, discurría el modo de salvar a la reina y a los suyos. Pero Mallory, al darse cuenta de la presencia de su enemigo en la misma, ordenó a sus hombres que la prendieran fuego, haciendo llegar a noticia de los reyes cómo moría su amigo y defensor.

La Reina, muda de dolor, lloró las lágrimas más amargas de su vida al ver la suerte infeliz del hombre que la consagró todas sus respetuosas adoraciones.

Madame Aakins, cada día más enamorada en silencio del noble conde, cayó desmayada al enterarse del horrible suceso.

Pero Fersen no había muerto. Al hundirse el piso alto de la granja por el efecto destructor del fuego, cayó entre los escombros, logrando salvarse y huyendo a toda prisa hacia París.

Madame Atkins, que se había también trasladado a la capital al ser conducidos los reyes a París, se hallaba retirada en su casa, trabajando para evitar la desgraciada suerte que preveía para los soberanos.

Una mañana avisáronla de que un extraño sujeto deseaba verla con urgencia.

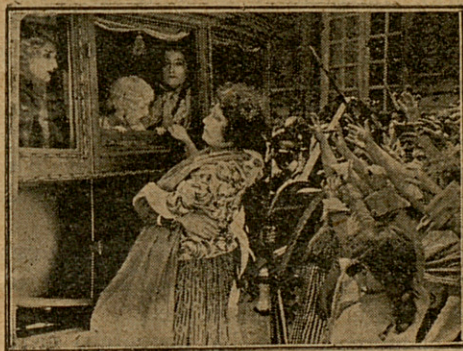
Al preguntarle lo que deseaba, el visitante le entregó un papel.

Leyó: «Si madame Atkins continúa interesándose por la suerte de los reyes, siga al portador de estas líneas.»

La bella amiga de María Antonieta dudó un momento si sería aquello una celada que le tendían los enemigos de la monarquía, pero al ver la cara de bondad y hombría de bien del mensajero, que no era otro que el fiel Turgy, se decidió a seguirle.

Llegaron a una casa de pobre aspecto, que

por las personas que la habitaban, había sido bautizada con le nombre de «la casa de las dos viejas». Entró en una habitación, aún algo recelosa, y dos ancianas encorvadas, seguramente por el peso de los años, salieron a su encuentro. Una de ellas, sin decir palabra, pú-



Poco después los Reyes y sus hijos emprendían el camino hacia la capital...

se a correr los visillos de una amplia ventana, como temerosa de ajenas curiosidades. Al hacerlo, Madame Atkins vió con gran asombro que la vieja se erguía, perdiendo su pronunciada inclinación.

Volvióse la anciana y arrancándose la cofia y la peluca, quedó en pie ante la bella inglesa.

Madame Atkins lanzó un grito penetrante y quedó sin poder pronunciar palabra, presa

de una intensa congoja. Cuando se hubo sosegado un poco, exclamó:

—¡Pero es usted! ¡Yo le creía muerto!

El conde de Fersen, que con un amigo americano, muy afecto a la causa de los reyes y a la persona del conde, vivía escondido en aquel tugurio, trabajando a favor de los desgraciados monarcas, explicó a Madame Atkins cómo pudo salvarse de la venganza de Mallory.

Inquirió noticias de la Reina.

—Muy mal, amigo Fersen. Veo un funesto desenlace. El pueblo está ebrio de odio y de sangre y el proceso que se ha formado a los reyes acabará seguramente con su condena. ¡Horrible!

A pesar de las tentativas infructuosas de Madame Atkins y del conde de Fersen, no pudo evitarse el fatal desenlace.

El clamoreo del pueblo necesitaba víctimas, y poco después subía al cadalso el infortunado Luis XVI y más tarde María Antonieta, que supo soportar con gran resignación y entereza las terribles pruebas a que tuvo que verse sometida en su odiosa prisión.

IV

Sólo pudo salvarse de la terrible muerte, el pobre Niño Rey, Luis XVII, la figura más simpática de aquel doloroso drama.

Separado de su madre en la angustiosa noche del 3 de julio, fué confiado al zapatero Simón, de quien recibió los tratos más brutales e indignos.

Muerta la Reina, no cejó el infame caballero Mallory en su venganza y malvados propósitos de destrucción, persiguiendo con su odio al hijo infortunado de María Antonieta.

Habiendo reparado en el extraordinario parecido de Luis XVII y el hijo de la Martial, una idea diabólica cruzó por la mente del traidor aristócrata.

Sabiendo que el hijo de la Martial se hallaba gravemente enfermo y comprendiendo por la tos pertinaz y seca que enronquecía el pecho del pobre enfermito, que la vida se iba agotando en aquel cuerpo depauperado y débil, pensó aprovecharse de aquella coyuntura para sus propósitos de ambición.

Bien sabía Mallory que el conde de Provenza, hermano de Luis XVI, recibiría con satisfacción la noticia de la muerte de su sobrino Luis XVII, porque entonces quedaría el dueño absoluto del trono de Francia, en caso de que viniera una restauración monárquica.

Para llevar a cabo este infame propósito, Mallory se dedicó a frecuentar la casa de la Martial, fomentando en ella el vicio de la bebida. La Martial, víctima de su degeneración y consumida por el veneno del alcohol, fué

poco a poco perdiendo fuerzas, hasta morir de una manera desventurada y espantosa.

Entonces quedó Mallory dueño de la situación.

Con la complicidad de un individuo llamado Laurent, consiguió el caballero Mallory introducirse en la prisión del Temple para efectuar la sustitución.

Pero el conde de Fersen se le adelantó y logró sustituir el niño y apoderarse del verdadero Niño Rey, fugándose ambos a las costas de Bretaña, a fin de embarcar hacia su incierto destino, vagando constantemente y temiendo siempre que la maldad y la traición se crucen en su camino.

Pero en los últimos momentos, cuando ya vislumbraban cercana su salvación, caen de nuevo en poder de sus enemigos, logrando autorización para continuar el viaje gracias a la protección del sargento Lázaro Hoche, que ocupaba un importante cargo en el ejército de la república.

Mas no abandonó Fersen el suelo de Francia sin haber antes castigado cumplidamente al malvado Mallory, al que cuelga de un elevado árbol, para escarmiento de intrigantes sin conciencia y de infames traidores.

El Niño Rey fué tratado en su prisión por el zapatero Simón de un modo brutal y desalmado, y parece ser que recibió del Comité de Seguridad General la confidencia de que se

sabría con gusto la noticia de la muerte del niño. Y, realmente, por él no quedó el que el desventurado y tierno prisionero terminara sus días bajo su odiosa vigilancia.

Cuando Simón renunció la guardia, Robespierre no quiso nombrar otro encargado de su custodia y abandonó totalmente a Luis XVII teniéndolo encerrado durante seis meses.

El gobierno termidoriano lo atendió mejor, pero estorbándole la existencia del niño, que suponía un constante peligro de restauración monárquica, fué empeorando su situación, que equivalía a un lento asesinato.

Poco después y hallándose el Niño Rey en gravísimo estado, se le proporcionó médico de mala gana y desde luego pasó su grave dolencia sin la conveniente asistencia y sin una mano amiga que le consolara en sus padecimientos.

Tras largos sufrimientos murió el desventurado Luis XVII, oyendo en sus últimos instantes, según manifestó su guardián Lasne «música de ángeles y la voz de su madre».

La conducta seguida con el Niño Rey es, sin duda alguna, el episodio más repugnante de la Revolución francesa...

FIN

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

Deseosa la empresa de EL CINE de corresponder al favor constante que el público viene dispensando a OBRAS MAESTRAS DEL CINE, tiene establecido un sorteo mensual de regalos. En cada número de esta publicación se incluye una hermosa postal con el retrato de uno de los más famosos artistas de la pantalla.

Dichas postales, que van numeradas, dan derecho a tomar parte en el sorteo mensual de una fotografía directa, con marco, de populares intérpretes del arte mudo.

El sorteo se hace en combinación con la Lotería Nacional que se juega el 1.º de cada mes, correspondiendo los regalos a los números de la Lotería Nacional sobre los que recaigan los premios mayores.

Los regalos consisten en un artístico retrato de gran tamaño, con un precioso marco, de uno de los más populares actores cinematográficos, al poseedor de la postal cuyo número sea igual al que corresponda el primer premio, y dos elegantes cajas de polvos de arroz Kram, que son los preferidos por las más bellas artistas de la pantalla, a los poseedores de las postales cuyos números sean iguales a los premiados con el segundo y tercer premios.

Como se da el caso de que el tiraje de OBRAS MAESTRAS DEL CINE excede con mucho, mensualmente, a treinta mil ejemplares, cifra a que alcanzan los números de la Lotería Nacional, al llegar las postales de esta novela cinematográfica al número 30.000, se volverá a empezar por el uno y se darán tantos premios como poseedores haya de los números premiados.

NUMEROS PUBLICADOS

1.º *Almas en venta*; 2.º *En el Palacio del Rey*; 3.º *Pedrucho*; 4.º *El terremoto*; 5.º *Lecciones de amor* (postal de Gloria Swanson); 6.º *Bavu, el bolchevique* (extraordinario; postal de Thomas Meig-

h-n); 7.º *Manual del Perfecto Casado* (postal de Pola Negri); 8.º *Tigre Blanco* (postal de Charles Ray); 10. *El hombre de Río Perdido* (postal de Charles Roche); 11. *La Reina de Saba* (postal de Jacqueline Logan); 12. *El tesoro de la carabela* (postal de Edmund Lowe); 13. *El huésped de media noche* (postal de Rodolfo Valentino); 14. *Si las mujeres mandasen* (postal de Viola Dana); 15. *La Cachorrilla* (postal de Antonio Moreno); 16. *La desposada de nadie* (postal de Bárbara La Marr); 17. *Supremo tesoro* (postal de J. Warren Kerrigan); 18. *Tenorio por carambola* (postal de Margarita La Motte); 19. *Amor de madre* (extraordinario, postal de Ramón Novarro); 20. *El padre Juanico*—Mossen Janot—, (postal de Alice Terry); 21. *Por los que amamos* (postal de Hoot Gibson); 22. *El valor de la virtud* (postal de Priscilla Dean); 23. *La Indomable* (postal de Norman Kerri); 24. *Mary Rosa* (postal de Laura La Plante); 25. *La torre de Nesle* (extraordinario; postal de Lon Chaney); 26. *El escándalo del pueblo* (postal de Mary Philbin); 27. *Contra la ley* (postal de Gladys Walton); 28. *Un escándalo bancario* (postal de Roy Stewart); 29. *No hay juego sin trampa* (postal de Virginia Valli); 30. *El pobre Valbuena* (postal de Herbert Rawlinson); 31. *Bajo la púrpura cardenalicia* (postal de Frank Mayo); 32. *Una dama de calidad* (postal de Baby Peggy); 33. *Resurrección* (postal de Jane Mercer); 34. *El trapero de París* (postal de Iak Hoxie); 35. *Venganza cumplida* (postal de Margaret Morris); 36. *Curro Vargas* (postal de Williams Desmond); 37. *Luchar y vencer*, primera parte (postal de Pearl White); 38. *Luchar y vencer*, segunda parte (postal de Tom Mix); 39. *El policía rural* (postal de Alma Rubens).

PUBLICACIONES DE "EL CINE"

Cuentos de Vida y Amor

Interesantísima colección de cuentos y novelitas sentimentales del ilustre escritor Vicente Díez de Tejada. — Precio: 3'50 pesetas.

La Dama de las Camelias

Adaptación a la pantalla de la inmortal obra de Dumas, realizada por Alla Nazimova y Rodolfo Valentino; 68 páginas de nutrida lectura con profusión de fotograbados. 50 céntimos.

Almanaques de «El Cine» de 1923 y 1924

Curiosos volúmenes llenos de artículos e informaciones de interés para los aficionados. — Precio: 1'50 pesetas.

EN PRENSA

Cantares

Tomo III. — 500 cantares tristes (penas, ausencia, celos, desengaños, carceleras, soledades y saetas).

Para ser bella

Utilísimo volumen que contiene interesantes consejos escritos por las más célebres artistas cinematográficas indicando el modo de adquirir y conservar la belleza, con lecciones prácticas de maquillaje, manicura, preceptos higiénicos, recetario, etc., etc., con magníficos grabados. — Precio: 2 pesetas.

Historia de Mussolini y del fascismo

Estudio acabadísimo de la figura del eminente estadista. Su vida y su obra. Fundamentos espirituales e ideario político del fascismo. — Precio: 30 céntos.

Novelas

Amenísima colección de la famosa autora Carlota M. Braeme publicadas en la revista *El Cine*:

Dora. — *Corazón de oro*. — *Azucena*. — *Casada con dos maridos*. — *Por el pecado ajeno o lucha de amor*. — Precio: 2 pesetas tomo.

Cantares

Tomo I. — 500 cantares amorosos (declaraciones, ternezas, requiebros, ponderaciones y serenatas).

Tomo II. — 500 cantares alegres (burlas, desprecios, desdenes, baturradas y disparates). — Precio: 1 peseta tomo.

Música

36 cuadernos lujosamente editados de «Música Popular» con más de 700 páginas de música de gran éxito en los últimos años: 30 pesetas.

45 álbumes de *El Cine* conteniendo unas 700 composiciones musicales muy populares: 35 pesetas.

Album n.º XXXVI de Música Popular

Dedicado al célebre y genial Alvaro Retana, que es a la vez un músico notable, exquisito y un artista de renombre universal. — Precio: 2 pesetas.

Manual de técnica cinematográfica

Indispensable tomo para los artistas, aficionados, técnicos y cuantos se preocupen por la cinematografía en todos sus aspectos. Contiene interesantísimos detalles acerca del origen del cinematógrafo, la cámara toma vistas y sus accesorios, la película virgen, el «studio», el artista, los trucos, el argumento, el laboratorio, la proyección, la electricidad y el cine; directorio de manufacturas, directores y artistas, etc., etc.

Para ser artista de cine

De gran interés en el que el gran trágico Sidney y el incomparable cómico Charlot explica los secretos para triunfar en el arte mudo. (Agotado).

Antonio Moreno

Detallada e interesante información de la trágica agresión de que fué víctima el popular actor cinematográfico en Los Angeles (California). (Agotado).

Argumentos de películas

El lirio púrpura. — Prueba trágica. — Marcela.
El circo de la muerte. — El bucle de oro. (Agotados).

Los reyes en la intimidad

Lujoso libro con cubiertas a todo color e interesantes fotografías, biografías, anécdotas y aventuras galantes de los reyes. Muy interesante, muy entretenido y completamente histórico. (Agotado).

Adquiera usted inmediatamente la colección de

OBRAS MAESTRAS DEL CINE

pues algunos números están a punto de agotarse.

Los pedidos a la administración de EL CINE,
Pelayo, 62, Barcelona.

Concesionario exclusivo de venta para España

LIBRERÍA ITALIANA

Rambla Cataluña, 125

BARCELONA

Imp. GARROFÉ: Villarreal, 12 y 14. - BARCELONA

Lea usted
la revista popular ilustrada

EL CINE

El semanario ideal para
las familias

20 céntimos número

...

Suscripción:

2'50 pesetas

trimestre

con derecho a un elegante álbum de música GRA-
TUITO con las 16 composiciones más populares
de la temporada

■ ■ ■

PUBLICACIONES EL CINE
Pelayo, 62-Teléf. 4128.A.
BARCELONA

Imp. Villarreal, 12 y 14